

1

REGRESO A UN HOGAR EXTRAÑO

Octubre de 2003

Clavó la *taclla*¹ lo máximo que pudo, casi de manera amenazante. Edinaldo acabó golpeando la tierra una y otra vez, desahogando la ira interna, y a cada surco una furia sin medida supuraba de su mirada y se reproducía por el resto de músculos y gestos. Continuó así hasta que se hizo mediodía. Debía intentar concentrarse en el trabajo, pero la inutilidad de su pensamiento lo ahogaba en momentos precoces de inconsciencia.

¿Qué fue?, ¿la dejó marchar o, sin querer, su actitud precipitó que lo realizara? Ni lo uno ni lo otro, no había razones para pensar que él motivó esa respuesta. Edinaldo no se habría apartado de ella por ningún motivo; trató de esforzarse quizás por ser educado y coherente con su vida, pero una nota mísera de papel pudo desencadenar lo impredecible: que la mujer de sus sueños recayera y tuviera que permanecer en el hospital.

Avanzó un poco más con las labores, hasta que decidió detenerse en seco al llamamiento de unas voces a lo lejos. Por el tono, indicaban que se trataba de un joven de unos veinte años; además, iba con el mismo indumento que Edinaldo, ropa de campo. Lo observó con esa mirada de moribundo que lo había caracterizado últimamente; el sudor difuminaba un rostro masculino con el polvo, la tierra y el sopor de un día de calor acusado. Consideró que ya había castigado suficiente la tierra, aunque constituía un bálsamo donde apagar su gran frustración.

—¿Todo bien? No es necesario que te mates como lo estás haciendo, nunca has mostrado tanto interés en estas tierras... Obsesivo, diría yo —espetó Edgard.

Edinaldo lo miró embobado; le daba todo igual, incluso que ese joven le dijera algo.

¹ Herramienta agrícola originaria de los Andes peruanos. Consiste, básicamente, en una pala de mango largo que usaban los incas desde tiempos muy antiguos. Su forma permitía ser empujada con el pie en suelos duros.

—Papá, no sé si te acuerdas, pero hoy hace dos años del fallecimiento de la abuela, y ni tan siquiera me dices de ir al cementerio para ponerle una mísera flor —explicó Edgard.

—Esta mañana, cuando me he levantado, he visto que has encendido una vela con incienso; pero, como de costumbre, siempre lo haces.

—Yo no voy poniendo todos los días velas como si la casa fuera una capilla, hoy es un día especial.

Edinaldo y su hijo llegaron a la casa para cambiarse y darse una ducha rápida; al parecer, Edgard tenía intención de ir al cementerio, por su voz.

—Por favor, dúchate y cámbiate; quiero ir al cementerio. Y cambia de cara, que últimamente me aburres.

—¿Pensarás comer algo, no?

—Prepara si deseas unos sándwiches de queso y jamón cocido, por favor.

Edinaldo se recostó desganado en la alcoba, pues no le apetecía ni mover un músculo. La visión del cementerio en el promontorio resultaba imponente e invitaba a una reflexión sobre la brevedad de la vida. La casa no se mantenía tan alejada del centro urbano, tan solo a una cuadra² de la plaza de Armas. Desde allí, la inmensidad del paisaje lo convertía en un lugar relajante; la perspectiva a lo lejos de un campo de cruces suspendido en una pendiente casi inalcanzable no desmerecía su postal impactante.

—Allí está mamá, ahora al menos puede descansar como es debido —refunfuñó con agresividad Edinaldo.

—No digas eso. ¿Qué hubiera sido de mí sin ella?

—Yo solo repito lo que ella decía muchas veces; que, cuando fuera allí descansaría.

—Estás sacando las cosas de contexto —levantó la voz Edgard.

—Elisabeth decía que allí todos descansaríamos algún día, nada más. No es sacar nada de contexto.

—Por tu tono, lo dices con cierta ironía; se nota.

—Venga, Edgard, no vayamos a dramatizar todo esto; ya fue.

² Calle.



—Por mí podrías volverte a ir, yo me puedo valer por mí mismo y sacar adelante lo único que nos queda.

—¿Lo dices por estos míseros acres de maíz y esas siete cabezas de ganado?

—Es demasiado, suficiente para valernos y vivir.

Edinaldo se levantó lánguidamente para cerrar la ventana principal de la casa, pues era la única que daba en la lejanía directamente hacia el cementerio.

—¿Debería acordarme de ella al ver el camposanto desde aquí? —preguntó Edinaldo.

—Deberías sí, y de papá también.

—La pérdida de papá ya la he asumido, hace años que superé el luto. Pero con mamá es diferente.

—Tú lo corroboras, y tienes la valía encima de presumir de comentarios tan hirientes hacia ella.

—Edgard, dejémoslo ya. Es volver a Acos, y todo me vuelve al recuerdo.

—Podemos cambiar todo aún.

—Todo debió cambiar en su día, ¿ahora de qué sirve?

—¿Qué demonios hago yo aquí, hablando contigo? —vociferó Edgard.

—Perdón... Entiende que me cuesta adaptarme a esta vida de nuevo, me siento un extraño en casa ajena.

—Esta casa la comprasteis tú y mamá. No debes sentirte un extraño; yo, simplemente, he ido cuidándola y tratando de que siempre estuviera presentable, a pesar de la incertidumbre de para quién será el día de mañana —explicó Edgard.

—Siempre diré que has demostrado más madurez que yo en muchos sentidos. —Edinaldo se levantó de la alcoba directo a la ducha—. Aunque hubiera sido mejor marcharte del pueblo y comenzar otra vida en Cusco, Acomayo, vender esta casa y ser tú mismo, sin ataduras. Ahora aparezco yo para hacerte la vida más fácil.

—Es mi vida, tú has hecho lo que te ha venido en gana. ¿Te vas? Pues genial. ¿Vienes? Entonces bienvenido. ¡Dúchate para que yo lo pueda hacer! ¡Y haz esos sándwiches si quieres que comamos algo!

—¡Qué hartazgo!

—¿Has dicho algo? —preguntó Edgard.

—Digo que qué negrura, el cielo está color piel de burro.



Caminó hacia la salida y se alejó lo máximo que pudo, dejando a su hijo en una posición estática; este no fue capaz de reaccionar ante la desbandada. Había tanto de qué hablar y que perdonar, pero Edinaldo se encontraba en una situación singular: sin quererlo, se hallaba atado de pies y manos, literalmente. Con un hijo que, sin darse cuenta, había madurado y veía la vida de otra manera. Edgard no lograba entender sus palabras, incluso hablando en el mismo idioma.

El atardecer cedió paso a una noche casi mortuoria; pues las horas de luz eran muy precarias y, apenas te levantabas, ya te estabas acostando. Una bombilla tímida debía apañárselas para alumbrar un espacio absorto de cualquier rayo, pues debido a la chimenea las paredes y el techo se habían ennegrecido hasta el extremo. Incluso algún escorchón se había desprendido.

Edgard estaba buscando algo, desesperado, entre vasijas, botellas y cuencos. Edinaldo, apoyado en una de las jambas, lo observaba distraído mientras fumaba.

—¿Qué buscas? Dímelo y si te puedo ayudar en algo... — ofreció este.

Edgard no respondió a la sugerencia de su padre y, sin darse cuenta, volvía a rebuscar en los mismos recovecos sin éxito. Desistiendo, le preguntó con cierto rechazo:

—¿La llave del candado? Si no la encuentro, no podremos poner las flores dentro.

Edinaldo hizo un gesto con la mano para que cesara la búsqueda porque no era necesaria. El candado se abría con facilidad, ya que se había oxidado y no precisaba una llave.

—Vamos, no sigas. Se va a hacer tarde —avisó Edinaldo.

—Llevo todo el día diciéndotelo, no me haces caso nunca — se quejó Edgard.

—Te dije esta mañana que quería dedicar el día a estar en el campo y te respondí que había tiempo para ir al cementerio, pero en ningún momento me negué a ir.

—Yo no deseaba ir de noche al cementerio.

—¿Y por qué no has ido antes tú?

—¡Demonios! Teníamos que ir los dos, es tu madre; ¡¿cómo puedes seguir siendo tan insensible, incluso estando muerta?! —

—¿Vamos?

Salieron los dos, refunfuñando, pero haciendo caso a las indicaciones de Edinaldo. Quedaban unos brotes tímidos de luz en el horizonte antes de la caída de la noche, el atardecer se apresuraba a dibujar una oscuridad casi permanente en el paisaje. Caminaron gráciles y, a momentos, algo más abatidos por un sendero abarrotado de magueyes, que imprimían su sombra sobre los dos caminantes solitarios. Comieron apetitosamente en dos bocados unos deliciosos sándwiches preparados por el padre. No era una situación tan cómoda como podría parecer de primeras, con un padre y un hijo que habían estado ausentes el uno para el otro durante años. El uno, por falta de madurez, aunque aparentando un imponente sentido común; el otro mostraba indiferencia ante algo que necesitaba tiempo. Edgard trataba de que su padre entrara en una fase de reflexión y extrajera conclusiones que le aportaran ideas productivas. Confiando en el ciclo natural de los acontecimientos, Edinaldo no encontraba el momento idóneo para recapacitar.

Llegaron hasta la misma entrada del cementerio, que sobrecogía por su sobriedad y la curiosa distribución de cada tumba. Pese a la cadena de sensaciones que les producía, transmitía una calma incomparable. Ramilletes secos y con aspecto de llevar ahí siglos corrían de un lado al otro por el viento. Edgard traía a modo de ofrenda una bolsita de plástico con un puñado de pica-pica similar al confeti. Explicó al lanzarlo poco a poco que la tierra esperaba una recompensa por ser pisada constantemente. Como a nosotros, le gusta un dulce, una comida o una canción. Formamos parte de esta, pues cuando nos marchemos volvemos a ella.

La tumba de sus padres se encontraba en un altar bonito con una reja que contenía un vasito de agua, postales, flores, notas escritas a mano y una carta amarillenta envuelta en polvo. El padre de Edinaldo también fue enterrado en su día en el mismo nicho que la madre, aunque este no tenía tan claro que quisiera compartir el espacio con ellos cuando le llegara la hora.

—Al menos están juntos los dos.

—Es muy sobrecogedor, sí —ironizó Edinaldo.

—Seguro que ni te acuerdas del abuelo.

—Por supuesto que me acuerdo, pero nunca estaba en la casa; prefería mil veces la tierra y el ganado que permanecer

entre cuatro paredes. ¡Y cuántas veces me he ido con él a caminar y explorar cada rincón de Acos! Incluso me animó a marcharme y emprender una vida propia. Lo recuerdo perfectamente, sus explicaciones, la manera en que me hablaba... Aunque no fue demasiado afectivo, trataba de mostrar su cariño de otras maneras. Entiende, hijo, que no porque no quiera hablar de él indica que me haya olvidado.

—Bueno, me quedaré con eso; al menos es alentador.

Fue fácil, tal y como había comentado Edinaldo. Edgard aplicó un poco de fuerza con las manos y consiguió abrir el candado oxidado. Tampoco se sorprendieron demasiado al contemplar el paraje tan yermo y exento de vida. La tarea resultaba simple, aunque representara ir *contra natura*; Edinaldo debía obligarse por un instante mísero a complacer a su hijo, incluso si implicaba una obligación. Edgard no sentía demasiada necesidad de entablar una conversación; daba por hecho que discutirían, y no era lo más adecuado en ese lugar.

Había muchas razones para no ir al cementerio y, en especial, una de peso. La mujer de Edinaldo nunca fue enterrada en el camposanto por decisión de su marido, sino incinerada; estar allí le hacía recordarla con una intensidad inverosímil de manera trascendental. La echaba de menos a morir y aquello representó, sin duda, la circunstancia que lo llevó a una depresión terrible que perduró en el tiempo y todavía se prolongaba hasta el presente. Melisa descansaba en el corazón de Edinaldo, y siempre había algo que lo obligaba inconscientemente a traerla al recuerdo de nuevo. Desde esa pérdida, siempre cuestionó hasta su propia existencia; que se comportara de manera irascible, apática y algo inestable con todo el mundo, en especial, con quienes amaba con desesperación, constituía la prueba.

Edgard rezaba con ánimo, era curioso el movimiento en sus labios. Quizás, después de todo, todavía le quedaba un poco de compasión hacia los difuntos enterrados allí. Edinaldo imitó el modelo de su hijo; aunque no supo de primeras qué decir, se preocupó por él a pesar de su rebeldía primigenia y no llevarse del todo bien.

—Edgard, ¿por qué rezas? ¿Qué pides, a quién te diriges?

El aludido no le hizo caso de primeras, hasta que terminó sus oraciones; luego le respondió sin mirarlo a la cara:

—Sencillamente porque, aunque la relación con la abuela haya estado llena de altibajos, algo bueno debió de hacer contigo; aunque sea darte la vida.

Edinaldo estuvo a punto de contraatacar, pero recordó que se trataba de su hijo.

—Piensa en ello, la abuela nunca fue mala contigo. Tú te apartaste de ella. Has sido un hijo rebelde, así sin más, papá. Y cuando te mudaste aquí con Melisa, si ella no venía a verte, tú tan apenas te acercabas por allá —dijo con tristeza Edgard.

—Éramos muy diferentes, teníamos dos formas de pensar totalmente opuestas. Y no sé si te lo he dicho alguna vez, pero incluso dudé de que fuéramos de la misma sangre.

—¡Bobadas y, encima, a estas alturas!

—¿Cuántas veces te he pedido que me entiendas? Nada me ha sido fácil, mis escapadas y cabezonerías no han sido por capricho mío.

—¡Menudo padre! Aquel que veo de olmos a peras, desaparece y aparece a su antojo. No me hagas hablar y no creas que he aprendido humildad gracias a ti. Elisabeth sí que estuvo a las duras y a las maduras.

—Edgard, no me hagas sentir más culpable de lo que ya estoy.

—Bien, no digo más.

Edgard introdujo en el receptáculo una nota doblada que había mantenido bien oculta en el bolsillo del pantalón además de un pequeño ramillete de flores silvestres. Edinaldo no le quitaba la vista de encima; después Edgard le preguntó si quería depositar algo, pero el progenitor no llevaba nada. El muchacho volvió a cerrar el candado con un clic sonoro, lo que indicó que el cierre había funcionado.

Se santiguó una vez más y encabezó la marcha de vuelta a casa, no sin antes pedir un favor a su padre.

—¿Podrías traer un manojo de hojas de tabaco, por favor? Me da miedo bajar por la quebrada del cementerio.

—¿Desde cuándo fumas? —preguntó Edinaldo con extrañez—. Antes no lo hacías.

—Pues ahora sí; ve a por lo que te he dicho, por favor.

Desde lejos, Edgard elevó su mano en señal de afirmación y no añadió nada más. Edinaldo comprendió que el tiempo había transcurrido veloz para todos y lo que veía delante de sus

narices, aunque un tanto difuminado por la poca claridad de la noche, era su hijo, ni más ni menos. Se volvió y lo mató la curiosidad de comprobar qué había escrito en la nota, apuntaba a un quebrantamiento mayúsculo de la privacidad. Cuando reparó en que Edgard andaba lejos de él, se acercó hasta la tumba y trató de abrir el candado para leerla. Por muy curioso que pareciera, este no se dejaba abrir y, tras varios intentos, no hubo forma de poder desengancharlo. ¿Qué contaría la carta? Le hubiera gustado tanto echarle un vistazo, agasajarse, atemorizarse o quizás confirmar ciertas sospechas.

Bajó veloz hasta la quebrada y arrancó unos cuantos matojos de hierba de tabaco para su hijo; después emprendió una carrera tras él, pues no deseaba compartir compañía con la oscuridad. Por muy machito que se creía a veces, se acobardaba de permanecer allí mucho tiempo. Al subir hasta la loma, contempló la pequeñez del pueblo, además de su calidez inmensa; lo invadieron la añoranza, el amor por su gente y por las casitas tan debidamente acomodadas, envueltas por un sentimiento apabullante de campo, cosecha, ganado y esfuerzo. Una cultura que, sin duda, había sabido mantener su identidad y tradición a través de los siglos.

No podía negarlo: Edinaldo había sido criado en ese lugar, que ahora no tenía demasiada trascendencia para él. Pero sentía, de alguna manera inhóspita, que en Acos encontraría lo que tanto ansiaba. Al observar el cielo, de nuevo vio la Cruz del Sur, y su mente voló hasta Mercedes en el día que hablaron de los armadillos. Ahora entendía que ese curioso animalillo guerrero tenía una afinidad increíble con el cusqueño. Si algo los inquietaba, se recogían sobre sí mismos. ¿Era acaso lo mismo que Edinaldo había hecho consigo mismo? Ya había asumido que resultaba necesario alejarse de la idea de que todo se mantiene quieto, perenne, sin mayor sentido de cambio. Sin embargo, comprendió que nada permanece igual.

Trastabillando por las calles debido a la poca iluminación, Edinaldo llegó hasta la casa. Dentro se encontraba su hijo, avivando el fogón con madera y rastrojo de maíz. La salida de humos brillaba por su ausencia, a ratos el ambiente resultaba irrespirable. Edgard cogió el manojo de hoja de tabaco y lo guardó inmediatamente en un frasco encima de la chimenea.